

## ORTEGA Y LOS PREDICADOS CULTURALES DE LA PERCEPCIÓN

JORGE MONTESÓ VENTURA

*Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid*

### Resumen

La “percepción” es uno de los elementos imprescindibles para la comprensión del pensamiento orteguiano: es la vía por la que nuestra consciencia se abre a lo circundante, fundamento de toda perspectiva y, en consecuencia, elemento fundamental para el autor. A su vez, es uno de los elementos que convierte al pensador madrileño en uno de los estudiosos más originales en este campo. El presente artículo pretende mostrar cómo, para Ortega, ya desde sus inicios, su filosofía de la percepción —de matriz perspectivista—, al fundamentarse en la mundaneidad del individuo y apoyar su percepción cognoscitiva sobre el fenómeno de la atención, incluye o muda, de un modo nada forzado, a una filosofía de la cultura, pues cuando Ortega habla de percepción, lo hace siempre en tanto percepción con predicados culturales. Fue Ortega uno de los primeros en advertir lo ineludible de dicha cualidad.

*Palabras clave:* Ortega, cultura, perspectivismo, percepción cultural, atención, fenomenología.

### Abstract

“Perception” is one of the essential elements to understand the Ortega’s thought: it’s the way by which our consciousness opens to the circumstance; the fundament to all perspective and, accordingly, a central element for our philosopher. At the same time, the perception is one of the elements that makes Ortega into one of the most original researchers in this field. In this article, we want to show how the philosophy of perception in Ortega —with perspectivist root— includes, since his beginning, a philosophy of culture, and he does it by a not forcibly way. It happens, like we will see, because he based his philosophy of perception on the individual’s mundaneness and because he supports their cognoscitive perception in the phenomenon of attention. For this, when Ortega talks about perception, he does it such

---

*Recibido: 16/10/2015. Aceptado: 16/12/2015.*

as perception with cultural predicates. Ortega was one of the first researchers to warn the inevitability of that quality.

*Keywords:* Ortega, culture, perspectivism, cultural perception, attention, phenomenology.

En 1914, Ortega está, como se diría popularmente, echando a andar su filosofía. Recién superado el neokantismo y en pleno flirteo con la fenomenología, Ortega inicia el despliegue, mediante su aplicación, del método que conducirá a constituir su filosofía raciovitalista, un método de fundamentación perceptiva —atencional— que establecerá su piedra de toque en la idea de “perspectiva”: el *perspectivismo*.

Dado que, para el madrileño, como veremos, toda percepción de la realidad se da siempre en perspectiva —“desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo” (OC, II, 163)—, y esta se halla radicada de un modo inevitable dentro del *mundo de la vida* de cada sujeto, será esta, por necesidad y de un modo natural, una percepción culturalmente mediada, vinculada al proyecto de vida de cada sujeto, de cada espectador, el cual se despliega —salvo raras excepciones— en el seno de una comunidad culturalmente determinada, en una comunidad “de sentido”. Como señalase San Martín (2012, p. 178), “la percepción es siempre percepción de algo enmarcado en un contexto vital desde el que lo percibido tiene su sentido. Por eso la fenomenología de la percepción es una filosofía de la cultura”, y uno de los primeros en darse cuenta expresa de ello, es Ortega. Así, habla ya en 1914, en sus *Meditaciones del Quijote*, de un mirar mediterráneo —impresionista— que enfrenta, en propiedad, a un mirar germánico —profundo—; habla Ortega de un mirar, en definitiva, culturalmente determinado, definido por el bagaje conceptual que cada sujeto, en cuanto miembro de una comunidad, ostenta, por su cultura. Como tal, este proceso perceptivo de determinación cultural delimitará la perspectiva del sujeto en cada caso, esto es, acotará o precisará la fracción de realidad perceptible para él: “Períodos y razas —o, en una palabra, las culturas— son órganos gigantes que logran percibir algún breve trozo de ese trasmundo absoluto” (OC, III, 772) que es la realidad en su conjunto, pues, de toda ella, solo una fracción, más o menos menguada, se nos dará de un modo pleno, cognoscitivo: la que nuestra perspectiva nos permita. Ello, como veremos en el presente artículo, sucederá por la intercesión, en nuestro proceso de captación perceptiva (*per-captare*<sup>1</sup>), del fenómeno de la atención, tanto en

<sup>1</sup> “De suerte que, si devolvemos a la palabra percepción su valor etimológico —donde se alude a coger, apresar— el concepto será el verdadero instrumento u órgano de la percepción y apresamiento de las cosas” (OC, I, 784).

su labor preventiva frente a cualquier tipo de colapso en nuestra limitada capacidad perceptiva, como en su labor cognoscitiva a la hora de dar luz a aquellos aspectos de la realidad que las preferencias e intereses del sujeto —elementos de elevada influencia cultural— pretendan. De tal modo se dará la percepción en el sujeto humano y tal será el peso de la cultura en dicho proceso. Bien por ello afirma Ortega que:

como un inmenso panorama se halla el Universo todo, patente siempre ante nosotros; pero en cada hora solo una porción de él existe para nosotros. La atención del hombre peregrina como el reflector de un navío sobre el área inmensa de lo real, espumando de ella ahora un trozo, luego otro. Esa peregrinación del atender constituye la historia humana. Cada época es un régimen atencional determinado, un sistema de preferencias y de proposiciones, de clarividencias y de cegueras. De modo que si dibujamos el perfil de su atención habremos definido la época (OC, II, 606).

Efectivamente, lo que define a cada época es su sistema de preferencias, de intereses, el resultado de esa ancestral pugna entre alma y espíritu, entre lo instintivo en cada ser y el bagaje cultural que cada tiempo le otorga. Este es, principalmente, el motivo del presente artículo, mostrar cómo, para Ortega, desde sus comienzos, su filosofía perceptiva —de matriz perspectivista—, al fundamentarse en la mundaneidad del individuo y apoyar su percepción cognoscitiva sobre el fenómeno de la atención, incluye o muda, de un modo nada forzado, hacia una filosofía de la cultura. Por ello, cuando Ortega habla de percepción, lo hace siempre en tanto percepción cultural. He aquí su singularidad.

### Una filosofía con matriz perceptiva

En 1911, Ortega regresa por segunda vez a Marburgo para dar un último empuje a sus estudios neokantianos, casi buscando su consumación, pues el traje idealista que heredase de Cohen y Natorp empieza a quedársele pequeño. El constructivismo al que se vinculan empieza a resultar un modo de conocimiento que, dada su abstracción, difícilmente alcanza a dar respuestas a las preguntas más fundamentales del joven Ortega, muchas de ellas vinculadas a los problemas cotidianos —mundanos— de sus coterráneos, de su generación. Quizá por ello, por esa idealización neokantiana, en cuanto descubre a Husserl, pronto se deja seducir por su fenomenología, pues es a través de ella que Ortega parece hallar el modo de alcanzar, lejos de toda abstracción, las cosas mismas, esas *cosas inmediatas* que tanto le interesan. La fenomenología ofrece a Ortega un método de aproximación descriptiva a las cosas inmediatas, y lo hace fundamentado sobre una teoría perceptiva

—de la intuición— con la que, el madrileño, asentará las bases, y hallará las fuentes, para el establecimiento de su perspectivismo. Con el encuentro de la fenomenología, en 1911, Ortega no solamente descubre una herramienta metodológica; con ella se adentra, abandonando todo intento explicativo, en los estudios perceptivos tras la noción de intuición<sup>2</sup>. Lo hará, inicialmente, de la mano de Husserl, de quien obtendrá ideas tan fundamentales como la de *escorzo* (*Abschattung*), *aspecto* o la asunción de imposibilidad a la hora alcanzar la cosa en sí en su totalidad —decía Ortega que “si cupiese integrar los incontables ‘aspectos’ de una cosa, la tendríamos a ella misma, porque la cosa es ‘la cosa entera’. Como eso es imposible, tenemos que contentarnos con tener de ella solo ‘aspectos’” (OC, IX, 603)—. Pero no agota en Husserl su acercamiento a los estudios perceptivos fenomenológicos, ni mucho menos. A través de él, entre 1911 y 1913, descubrirá a muchos de los investigadores que, en Gotinga, se reúnen alrededor del moravo para desarrollar sus propios estudios fenomenológicos. Entre ellos a Schapp, del que seguirá su tesis sobre los elementos apriorísticos de la percepción<sup>3</sup> —autor muy presente en obras como *Meditaciones del Quijote*—; también descubrirá a Jaensch y a Katz y sus estudios sobre la profundidad y la percepción del color respectivamente<sup>4</sup>; hallará a Hofmann, de quien reseña su obra principal en “Sobre el concepto de sensación”<sup>5</sup> —para San Martín (2012, p. 161), primer texto fenomenológico de Ortega y primero en castellano—; y conocerá también a Scheler y a Pfänder, de quienes se interesa por el efecto, en la percepción, de los sentimientos y los elementos emotivos del espíritu<sup>6</sup>. En todos ellos, desde Husserl hasta Pfänder, hallará Ortega las fuentes necesarias para el despliegue de su metodología, pues de todos ellos

<sup>2</sup> Para ver cómo Ortega abandona toda idea constructivista y se acerca a la idea de intuición es interesante leer “Sensación, construcción e intuición” y “Sobre el concepto de sensación”. Asimismo, resulta enriquecedor leer a J. San Martín, *Ensayos sobre Ortega*, Madrid, UNED, 1994.

<sup>3</sup> W. Schapp, *Beiträge zur Phänomenologie der Wahrnehmung*, Göttinga, M. Niemeyer, Halle/S., 1910.

<sup>4</sup> A Katz lo menciona Ortega en “Sobre el concepto de sensación”, junto con el propio Jaensch, como referentes en los estudios perceptivos y de quien dice tener conocimiento. De Jaensch sabemos, con Orringer (cfr. 1979, 318-319n), que Ortega leyó detenidamente su “Über die Wahrnehmung des Raumes”, *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, 6, 1911, pp. 1-488.

<sup>5</sup> Hablamos del su obra prístina: “Untersuchungen über dem Empfindungsbegriff”. *Archiv für die gesamte Psychologie*, 26, 1913, pp. 1-136.

<sup>6</sup> Son varias las obras que, por las referencias orteguianas, podríamos citar de Scheler, nos quedamos con *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid, Caparrós, 2001; *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, Madrid, Caparrós, 2000; y *Ordo amoris*. Madrid, Caparrós, 2008. Sobre Pfänder, citaremos su obra principal

obtiene no solo distintas aplicaciones de una herramienta imprescindible para hallar respuestas, sino su misma idea de “atención”, lo que le conducirá, en consecuencia, a su idea de perspectiva y de percepción en general.

Así, en 1913, tras sus lecturas fenomenológicas a propósito de la percepción, Ortega deja atrás todo modo de conocimiento constructivista<sup>7</sup> acogéndose a la intuición como modo garante de conocimiento, sustentando su modo de abrirse al entorno cognoscitivamente mediante la atención. Comienza así el despliegue de su pensamiento sobre las bases de un método descriptivo y de fundamentación fenomenológica, el *perspectivismo*, y lo hará mediante una franca insistencia al mismo fenómeno de la atención cuando afirma, en “Sobre el concepto de sensación”, que “esta preferencia de la atención por un acto determinado en cada instante es lo que expresamos diciendo: vivimos definitivamente en ese acto” (OC, I, 627). Arranca aquí, con la atención, el despliegue de su metodología perspectivista.

Desde este momento, 1913, hasta la consumación de su pensamiento, el valor del método dentro del desarrollo y comprensión de su doctrina crecerá sin retorno, llegando a marcar el carácter mismo de todo el raciovitalismo. Su efecto se va a producir y reproducir transversalmente a todo tema abordado a partir de dicho año, sea a través de los estudios paisajísticos, del arte, de la etnología, como en el abordaje de la intimidad, del prójimo, de los sentimientos, del corazón. Así será decididamente desde 1916 cuando, en “Verdad y perspectiva”, se demuestre plenamente desarrollado, manteniendo su intensidad hasta 1929, momento en que, desde *¿Qué es filosofía?*, se advierta un giro en su pensamiento, un cambio en la “navegación” que dirige su interés hacia una facción más metafísica, un cambio que afectará necesariamente al despliegue de su metodología que, sin llegar a desaparecer, pierde cierto protagonismo. Desde 1929, Ortega deja de *reparar* directamente en el método y sus aplicaciones —como hasta ahora había hecho— para, *contando* siempre *con* él, esto es, manteniéndolo latente como elemento auxiliar o asistencial en su argumentación, dilucidar sus nuevas tesis<sup>8</sup>. Por ello, el método, su perspectivismo, aun con diferentes

---

a propósito del influjo de los estados del ánimo en la percepción: “Zur Phänomenologie der Gesinnungen”, *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, Hale, 1913.

<sup>7</sup> Esto lo podemos ver en “Sobre el concepto de sensación” cuando Ortega repasa la crítica de Hofmann a Ebbinghaus y lo que este llama “pura sensación”. La “pura sensación” es, para Ortega, un fenómeno que no se puede hallar en la conciencia real del individuo, pues es un *objeto ideal construido*. Evidencia así, Ortega, en este texto su distanciamiento del constructivismo neokantiano, acercándose, como se puede leer en el mismo artículo, a lo intuitivo, a lo constitutivo, de la mano de la fenomenología.

<sup>8</sup> Podemos ver cómo la atención, en tanto fenómeno perceptivo y elemento central del perspectivismo, sigue apareciendo en las lecciones VIII, IX y XI del curso *¿Qué es filosofía?*,

protagonismos, no se muestra exclusivo de un periodo o etapa de su pensamiento, sino que alcanza a cubrir, sin paliativos, todo el espectro filosófico del madrileño. Desde su aparición, en 1913, hasta el fin de sus días, con las distintas aplicaciones temáticas del método perspectivista, conseguirá describir Ortega, ni más ni menos, que el proceso mediante el cual el sujeto humano se abre cognoscitivamente a su circunstancia, aspecto, como ya sabemos, fundamental y necesario para el despliegue del raciovitalismo en su conjunto. De ahí que afirmemos que su filosofía es, dado el peso que reviste el método en su desarrollo, una filosofía con matriz o alma perceptiva.

### El perspectivismo y su fundamento atencional

En no pocas ocasiones, ya lo hemos visto en este artículo (Cfr. OC, II, 606), aseveró Ortega cómo, de la realidad toda, solo alcanzamos a conocer o a aprehender comprensiblemente una exigua fracción de la misma, aquella que nos permite nuestra perspectiva. Esta afirmación, como veremos a continuación, atesora *in nuce* el sentido mismo de toda la teoría perceptiva orteguiana.

Dice el filósofo madrileño que la realidad, esa que se nos da y en la que vivimos, es una y la misma para todos. El *trozo de tierra*, que luego aprehenderemos a modo de múltiples paisajes, es el mismo para todos los espectadores, un elemento común. Sucede que, en nuestro acercamiento cognoscitivo, cada sujeto obtiene de esta realidad su propia fracción, la que su perspectiva le permite, dando lugar así a su paisaje. Esto no ocurre porque la realidad sea particular o diferente para cada sujeto, ni porque el sujeto ejerza ningún tipo de elaboración constructiva sobre la realidad percibida, el sujeto no es ni “un medio transparente, un ‘yo puro’ idéntico e invariable, ni su recepción de la realidad produce en esta deformaciones” (OC, III, 612). Nuestro conocimiento, indica Ortega, no es una cuestión ni de la realidad —como afirmaba el realismo— ni del sujeto —que defendía el idealismo—, sino del modo en que ambos correlacionan, del modo en que ambos interactúan, esto es, de perspectiva, en última instancia, de *selección*.

Según afirma Ortega, no podemos entender la percepción de la realidad como una imposición libre de nuestra ideal jerarquía al medio sin exponerlo a burdas deformaciones, pues hacerlo podría llevarnos a cierto *error de*

---

*Principios de metafísica según la razón vital*, “Ensimismamiento y alteración”, también en “Estructura de nuestro mundo” o en el *Epílogo de la filosofía* entre otras tantas obras de la considerada “segunda navegación”.

*perspectiva*<sup>9</sup> dado que no podemos mirar del mismo modo una piedra que una catedral, no si aspiramos a un adecuado diagnóstico del entorno, cada una de ellas demanda una determinada distancia. A su vez, como indicamos, tampoco estaríamos haciendo honor a la verdad si pretendiéramos comprender al ser humano como un ente pasivo que recibe la realidad de un modo neutro y desinteresado; si ignoráramos que, en su mirar, al ser humano le es inherente su historia, su biografía, su bagaje cultural, también sus expectativas y su proyecto de vida, sus limitaciones biológicas, su implicación sentimental, todo aquello que se canaliza a través de un cierto *interés* mediante el cual nos *abrimos* a la realidad, pues precisamente ello significa mirar en perspectiva: mirar interesado. Afirma Ortega:

La pura contemplación no existe, no puede existir. Si exentos de todo interés concreto nos colocamos ante el universo, no lograremos ver nada bien. [...] No habría más razón para que nos fijásemos en un punto más que en otro, y nuestros ojos, indiferentes, vagarían de aquí para allá, resbalando, sin orden ni perspectiva, sobre el paisaje universal, incapaces de fijarse en nada. Se olvida demasiado la humilde perogrullada de que para ver hay que mirar, y para mirar hay que fijarse, es decir, hay que atender. La atención es una preferencia que subjetivamente otorgamos a unas cosas en perjuicio de otras (OC, III, 895).

Por ello, apunta Ortega que, en nuestro conocimiento de la realidad, lo que sucede es que, según sea nuestro interés, según el proyecto vital que cada cual albergue y las motivaciones que de él se desprendan, sin alteración alguna de la misma, *seleccionaremos* en nuestro percibir a qué elementos atender y a cuáles no, como “cuando se interpone un cedazo o retícula en una corriente [y] deja pasar unas cosas y detiene otras; se dirá que las selecciona, pero no que las deforma. Esta es la función del sujeto [...] claramente selectiva” (OC, III, 612). Este es el modo en que el sujeto alcanza a conocer la realidad, mediante un proceso selectivo definido por cual sea

<sup>9</sup> A propósito de los *errores de perspectiva* es interesante referirse a textos como “Ideas sobre Pío Baroja” donde Ortega alude a la división entre el plano de la realidad externo y aparente, frente al interno y sustancial cartesiano —idea ya abordada en *Meditaciones del Quijote*— donde toda confusión de planos daría una visión errónea de la realidad. También en “Para la cultura de amor” critica Ortega la tendencia errónea de conformar nuestra visión de la realidad a partir del plano de lo real ignorando lo imaginario-virtual, apelación que reaparece en “Verdad y perspectiva”. Por otro lado, en “Apatía artística” y en “Introducción a un ‘Don Juan’”, se da otra referencia cuando afirmamos que el aspecto más verídico de una cosa es aquella que obtenemos al mirarla desde una visión próxima, cuando cada cosa requiere de su necesaria distancia para ser vista (v.g. la piedra y la catedral), idea que se reitera en “Oknos el Soguero” donde apunta que “en toda perspectiva cada plano exige que acomodemos nuestro aparato ocular. De otro modo nuestra visión sería borrosa o falsa”. El tema reaparece también en “Intimidades” al hablar de la distancia necesaria que hay que tomar para ver al pueblo de la Pampa en su autenticidad.

el objeto de su interés, mediante un gesto de discriminación o filtrado que efectúa la atención en su salida al mundo. Para explicarlo, nos dirigiremos a textos como “Biología y pedagogía” o “Dios a la vista” donde Ortega alude a cierta sucesión, en el mirar humano, de dos tipos distintos de filtrado o selección en nuestro proceso perceptivo. Uno de ellos es el que responde a los intereses y preferencias del sujeto, un filtrado que podríamos llamar “fino”, biográficamente mediado y, dadas las diferencias de cada proyecto de vida, particular en cada caso. Es el filtrado al que nos venimos refiriendo, el que realiza la atención teniendo en cuenta a la cultura. Previo a este, hay otro mucho más básico, común a toda la especie, un filtrado gobernado por nuestros sentidos, fisiológico, primario, biológico. Veamos ambos modos:

Del filtrado primario apela Ortega al hecho de que los aparatos perceptivos de los que dispone el ser humano —sus sentidos—, como también su capacidad cognitiva, albergan importantes limitaciones fisiológicas (bien en su espectro o modalidad de registro, en su capacidad de captación y almacenaje, etc.). De todas las impresiones potenciales que la realidad ofrece, debe el ser humano realizar un primer *filtrado* o *selección* para prevenir toda posibilidad de colapso, tanto de los propios sentidos, como de la capacidad cognitiva del sujeto, la cual, en última instancia, es la encargada de almacenar y operar tales impresiones. Ya advertía Ortega que:

la mente humana es angosta; en cada momento caben en ella solo algunos objetos. Si quisiéramos tener presentes todas las cosas visibles [...] no lograríamos percibir ninguna. No podemos ver sin mirar, y mirar es fijar unos objetos con el rayo visual, desdeñando, des-viendo los demás. La mirada va dirigida por la atención, y el atender una cosa es, a la par, desatender otras (OC, II, 605-606).

Asimismo, sucede también que la realidad alcanza rangos o valores que exceden la capacidad perceptiva de nuestros sentidos. Así, observamos las audiofrecuencias que por agudeza (ultrasonidos) o gravedad (infrasonidos) quedan fuera de nuestro paisaje al superar nuestro espectro audible; también ocurre con las radiaciones ultravioleta e infrarroja. De este modo sucede que, dada nuestra sensibilidad, parte de la realidad queda, *eo ipso*, excluida de nuestro paisaje debido a nuestra fisiología. La parte restante, la perceptible, será, sin embargo, potencialmente común a toda la especie, pues nuestros sentidos están así dispuestos, a diferencia de otras especies animales con distintas características fisiológicas para quienes el paisaje variará sin remedio<sup>10</sup>:

<sup>10</sup> Advertimos aquí la sombra de von Uexküll cuando afirma: “en el mundo de una mosca encontramos solo ‘cosas de moscas’, en el mundo de un erizo de mar solo encontramos ‘cosas del erizo de mar’”. En E. Cassirer, *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México, FCE, 2008, p. 45.



Cada especie, merced de su sensibilidad, selecciona del mundo infinito un repertorio de objetos, únicos que para el animal existirán, y articulados en admirable arquitectura, formarán su contorno. Hay un mundo para el hombre y otro para el águila, y otro para la araña (OC, II, 422-423).

Sobre este primer filtrado que, según Ortega, dispensará los elementos de nuestro campo consciente, aquello con lo que podemos llegar a *contar*, nuestro horizonte o contorno común, se producirá un segundo proceso selectivo, mucho más fino y elaborado, que despliega nuestra atención en su gesto de *des-cubrir*<sup>11</sup> o *reparar en*<sup>12</sup> determinadas figuras que emergen, en sucesión, sobre dicho fondo vivido:

Sobre la superficie de sonidos que nuestro oído deja pasar realiza la atención una nueva faena selectiva, de modo que en cada momento no oímos todo lo que materialmente podríamos oír, sino solo aquellos sonos y ruidos que escoge nuestra atención pasiva o activa (OC, II, 426).

Este segundo proceso ya no proviene de nuestra capacidad fisiológica, previa a él, sino de nuestra intimidad, de nuestra biografía; es un filtrado motivado por nuestras preferencias e intereses, por elección; es un filtrado que implica a nuestros sentimientos, a nuestra experiencia previa, a la cultura, a las creencias, a los valores; es un filtrado mucho más idiosincrásico, propio de cada pueblo, de cada sujeto, un filtrado cultural.

Afirmaba Rodríguez Huéscar (1985, pp. 100 y sig.) que nuestra atención responde a cierta *ley del interés*<sup>13</sup>, es, como dijo Ortega, “una preferencia anticipada que subjetivamente otorgamos a unas cosas en perjuicio de otras [...]. No se atiende a lo que se ve, sino al contrario, se ve bien solo aquello en virtud de preferencias efectivas, es decir, de intereses” (OC, III, 895). Percibimos cognoscitivamente solo aquello que alcanzamos a atender, el resto queda en la indeterminación del fondo vivido, y aquello a lo que atendamos lo haremos porque previamente nos interesa y, por tanto, lo buscamos: “el entendimiento es una linterna que necesita ir dirigida por una mano y la mano necesita ir movilizada por un afán preexistente [...] solo se encuentra lo que se busca” (OC, VIII, 325-326).

<sup>11</sup> Hablamos de descubrir o desvelar en el sentido hallar la verdad o el sentido de las cosas, de esa verdad en tanto re-velación o des-cubrimiento, en tanto *alétheia*.

<sup>12</sup> Sobre la diferencia entre *reparar en* y *contar con* en la que la atención mantiene un peso fundamental dentro de todo acto perceptivo: ver *Principios de metafísica según la razón vital*.

<sup>13</sup> Estas ideas enlazan con la influencia que Scheler tuvo en Ortega a propósito de su *ordo amoris*. Scheler defendía que los elementos emotivos del espíritu poseen también un *a priori* que, para nada, son exclusividad del pensamiento como alegaba Kant. Cfr. M. F. Scheler, *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid, Caparrós, 2001.

La verdad cambia en consonancia con la atención que el hombre le dedica. Por eso la solución entre la eternidad de la verdad y la temporalidad de quien la piensa es el perspectivismo: la comprobación de las diferentes estructuras que toma el mundo según la importancia que se dé a sus distintos elementos (Morón Arroyo 1968, 124).

El interés es el incentivo, temporalmente circunscrito, que incita a que la atención humana —ese *foco luminoso*<sup>14</sup>— se dirija hacia uno u otro objeto del horizonte en cada momento, que lo fijemos en el centro de nuestra mirada, que lo acentuemos y lo conozcamos<sup>15</sup>. Nuestra percepción de la realidad, nuestro paisaje, vendrá siempre, de este modo, mediado por nuestros intereses, causantes de la selección. No se dan, pues, según Ortega, deformaciones de la realidad en nuestra percepción, ni tampoco la advertimos de un modo pasivo y directo. Hay una visión en perspectiva, en perspectiva vital, un conjunto o sucesión de miradas lanzadas a la captación de aspectos distintos de una misma realidad motivadas por un interés previo, por un afán que usa a la atención como herramienta de captación cognoscitiva emergiendo desde nuestro interior para alcanzar los aspectos interesantes de la realidad.

Describía Ortega, en “Vitalidad, alma, espíritu”, cómo nuestra alma tiende a espolear constantemente la atención para satisfacer sus necesidades, sus impulsos, apremiándola para que emerja al exterior a captar aquello que le urge. Si la atención, cual mayordomo consagrado a sus labores asistenciales, respondiese presto a todas las demandas anímicas, dado el carácter y reiteración de las mismas, tendríamos una alta probabilidad de que nuestra capacidad cognitiva entrase pronto en colapso por exceso de actividad, o que, por dedicar nuestro esfuerzo atencional a determinadas demandas, dada la limitación de recursos y capacidad de nuestra atención, no alcanzáramos a atender otros elementos más trascendentes para nuestra supervivencia, pues si la atención respondiese directamente al alma, faltaría planificación en la acción y el riesgo por exposición sería elevado. Afortunadamente, indica Ortega, la atención espera a que el *espíritu* —cual jefe de policía o juez (Cfr. OC, II, 577) que responde a la experiencia previa y a cierto proyecto de vida<sup>16</sup>— interceda en el consentimiento. La atención,

<sup>14</sup> La idea del *foco luminoso* a la hora de describir el fenómeno de la atención la adquiere Ortega del símil scheleriano entre la atención y el cono luminoso de un faro (Cfr. Scheler, 1926, p. 98).

<sup>15</sup> Más allá de las citadas tesis schelerianas sobre el *ordo amoris*, encontramos en estos argumentos reminiscencias de los estudios sobre las *Gesinnungen* de Pfänder. Cfr. *ob. cit.*

<sup>16</sup> García Lara (2002, p. 284) define el espíritu como “el mundo de lo cultural, [...] lo psicológico, las facultades de nuestra conciencia, que nos permiten reconocernos como nosotros mismos, autores de nuestros actos, directores y administradores de nuestros recursos mentales, planificadores de nuestros proyectos vitales”.

para actuar, espera al resultado de la esencial contienda ente alma y espíritu —entre lo instintivo y lo cultural y autorreferido— de la que surge una resolución: la determinación de qué apetitos satisfacer y cuáles reprimir. Solo entonces actúa la atención. Por ello decimos que esta responde a un interés y no a meros impulsos o instintos personales —a lo meramente biológico—. La atención actúa tras esa resolución concluyente que incluye en su haber la síntesis entre el impulso anímico y el juicio espiritual, abrazando en ella los apetitos más primarios con la cultura, las creencias y valores del sujeto, implicando lo biológico con lo biográfico, teniendo en cuenta todo un proyecto de vida. Eso es el interés, el motor que aviva la atención y condiciona esencialmente nuestra percepción de la realidad. Por ello decimos que, para Ortega, la percepción es, de un modo inevitable, una percepción culturalmente mediada, pues no es meramente un acto instintivo, sino que implica en su seno las disposiciones del espíritu, lo biográfico, lo cultural, pues implica a la vida en su conjunto, pues en ella se produce.

De esta sucesión de filtros o selecciones, mediante una sucesión de miradas dirigidas a otear el horizonte, obtiene el sujeto humano su perspectiva de la realidad, su paisaje. De ahí, como decíamos, que “un mismo trozo de tierra se multiplica en tantos paisajes cuantos sean los hombres o los pueblos que por él pasan” (OC, IX, 161) o que frente a un mismo paisaje:

un cazador, un pintor y un labrador, los ojos de cada uno verán ingredientes distintos de la campiña; en rigor, tres paisajes diferentes. Y no se diga que el cazador prefiere su paisaje venatorio después de haber visto los del pintor y el labrador. No: estos no los ha visto ni los verá nunca, en rigor. Desde un principio, siempre que se halló en el campo fue fijándose casi exclusivamente en los elementos del paraje que importan para la caza (OC, VI, 210).

## Una filosofía de la cultura desde su filosofía de la percepción

A partir de este proceso de doble selección, en el que la atención marca el elemento diferencial, discernimos cómo, según el sistema de intereses o preferencias de cada sujeto, nuestra mirada se fijará, como en el ejemplo del cazador y el labrador, en unos determinados elementos del entorno y no en otros, des-cubriendo o *iluminando*<sup>17</sup> aquello que de antemano estimamos hallar —“el amor busca para que el entendimiento encuentre” (OC, VIII,

<sup>17</sup> He aquí la esencia del *imperativo de luz* que defiende Ortega en sus *Meditaciones*: Atender a las cosas es iluminarlas con mi mente, buscando el sentido de lo visto, su profundidad, que se da siempre mediante un mirar cultural. El bagaje conceptual, la cultura, ofrece *claridad* y seguridad al percibir las cosas de nuestro derredor, des-velándolas como mi verdad, como mi porción propia e íntima de verdad (*alétheia*).

326)—. De ahí que afirme Ortega aquello de que “en verdad, nada nos define tanto como cuál sea nuestro régimen atencional” (OC, V, 479), pues la atención va impulsada, y así lo denuncia en su salida al mundo, por algo más profundo que el mismo conocimiento, va impulsada por el corazón, por ese sistema de intereses y preferencias que se forja en nuestro seno como *fondo insobornable*<sup>18</sup> y nos define en tanto lo que somos. De ahí que “dime lo que atiendes y te diré quién eres” (OC, V, 479), pues tras la saeta atencional podemos discernir con cierta facilidad ese fondo último que la dispara, advirtiéndolo, de tal modo, que:

no somos, pues, en última instancia, conocimiento, puesto que este depende de un sistema de preferencias que más profundo y anterior existe en nosotros. Una parte de ese sistema de preferencias nos es común a todos los hombres [...] sobre esa base común cada raza y cada época y cada individuo ponen su modulación particular del preferir (OC, VI, 211).

Cierto que, en sentido estricto, cada sujeto es, en última instancia, poseedor de una perspectiva particular e intransferible de la realidad, pone su modulación particular del preferir. No en vano opinaba Ortega que “el punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio” (OC, II, 162). Cada sujeto, incluso el mismo sujeto en distinto momento o lugar, se acercará a un objeto necesariamente desde una irrepetible perspectiva, pues hay recuerdo pero no retorno. La vida es proyecto, es *prospectiva*. La “fatalidad” del ser humano no es otra que su mundana parcialidad, tan irrepetible como intransferible, que hace que seamos sujetos únicos, solitarios e insustituibles: “Las almas, como astros mudos, ruedan las unas sobre las otras, pero siempre las unas sobre las otras condenadas a perpetua soledad radical” (OC, VI, 211). Sin embargo, pese a la *soledad radical* que nos aflige, el hecho de que la perspectiva sea irrepetible e intransferible no significa que no sea almacenable ni comunicable y aquí, precisamente, es donde aparece el valor de la cultura, del lenguaje. Existe un atisbo de salvación condicionado a cierto orden de intersubjetividad, al intercambio conceptual, pudiendo *entre todos los hombres llegar a vivir lo Humano*<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> El “fondo insobornable” es un concepto fundamental en la antropología filosófica y moral del pensador madrileño. Aparece por vez primera en “Vieja y nueva política” y se repetirá a lo largo de su obra como uno de los conceptos elementales. Más en J. San Martín, “Vocación y profesión: Bases orteguianas para una ética del futuro”, en P. Cerezo Galán (Ed.), *Ortega en perspectiva*, Madrid, Instituto de España, 2007, pp. 89-112. También: J. Lasaga, *Figuras de la vida buena. Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset*, Madrid, Enigma: Fundación José Ortega y Gasset, 2006.

<sup>19</sup> “‘Solo entre todos los hombres llega a ser vivido lo Humano’ –dice Goethe” (OC, II, 163).

Sin la intersubjetividad, sin ese intercambio de perspectivas o hermenéutica del punto de vista, estaríamos condenados al solipsismo más radical y al aniquilamiento por inconexión del que tanto advierte Ortega<sup>20</sup>, pues, “la realidad cósmica es tal, que solo puede ser vista bajo una determinada perspectiva” (OC, III, 613). Sin embargo, aparece la cultura como elemento vertebrador. Ya de inicio, todo sujeto humano nace inmerso en una cultura, se desarrolla en ella, vive en y a través de ella. Como diría el madrileño, “primero se encuentra la prisión y luego, dentro de ella, el prisionero” (OC, VIII, 587). De su cultura, de su mundo, obtiene el sujeto su lenguaje —compartido con sus semejantes—, un acervo o bagaje conceptual imprescindible para la comprensión de lo que sus ojos ven y sus manos tocan. Sin el concepto<sup>21</sup>, afirma Ortega, estaríamos “ciegos”, no conseguiríamos dar sentido a lo visto y, en consecuencia, nada veríamos —cognoscitivamente hablando—. “Cada concepto es literalmente un órgano con que captamos las cosas. Solo la visión mediante el concepto es una visión completa” (OC, I, 785).

Como veremos en el siguiente apartado, no vivimos solo de impresiones, no solo la carne de las cosas puede darnos las cosas, necesitamos el sentido de las mismas —lo conceptual— para *salvarlas*, para *percibir las*. Por eso la percepción debe ser entendida como cultural, porque en el ejercicio perceptivo, cada cultura, cada pueblo, mediante sus conceptos, cede a sus miembros un modo particular de dar sentido a las cosas, de percibir las cognoscitivamente, un modo compartido por el grupo mediante el cual poder ver las cosas. En consecuencia, en tanto el concepto es un órgano más en la captación de la realidad, cada cultura se dará como “un órgano de percepción distinto de todos los demás y como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles” (OC, II, 163). Cada cultura, en tanto acervo conceptual, se ofrece como una manera particular de comprender el mundo, como una cosmovisión (*Weltanschauung*), que posibilita el esclarecimiento y afirmación de un determinado fragmento de realidad, sus propias selecciones atencionales, lo que llamamos perspectiva, su verdad. Tal el valor de la cultura y tal el papel que desempeña en la percepción humana.

Así, por esta lógica de la visión cultural, dando un paso más en la filosofía cultural orteguiana, dado que la realidad es una y la misma para todos aunque dispersa en múltiples perspectivas, se nos abre la quimérica posibilidad de aprehender cierto atisbo de visión integral, lo que llamaríamos

<sup>20</sup> Cfr. OC, I, 749.

<sup>21</sup> He aquí un ejemplo de las influencias más directas de Schapp en Ortega, la noción del concepto como elemento imprescindible para un íntegro acto perceptivo.

“Verdad”. Para ello, tan solo sería necesario —tan simple como inalcanzable— “*componer el torrente de lo real*” (OC, II, 163), esto es, yuxtaponer el conjunto de puntos de vista habidos y por haber:

el paisaje humano es resultado de una selección entre las infinitas realidades del universo, y comprende sólo una pequeña parte de éstas. Pero ningún hombre ha *vivido* íntegro el paisaje de la especie [...]. Sería preciso yuxtaponer lo que cada uno de nosotros ve en el mundo a lo que ven, han visto y verán los demás individuos para obtener el escenario total de nuestra especie (OC, III, 752-753).

Pero reconstruir Babel es más bien una intención que no un objetivo, estaríamos tratando de apagar un fuego eterno, inalcanzable para nosotros por una mera cuestión existencial. Completar el horizonte de realidad es un intento utópico y, como bien apunta Ortega, “*lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde ‘lugar ninguno’*” (OC, III, 614). Así, baste siempre con *contar con* el otro o, en el mejor de los casos, *reparar en* él cuando se presente accesible y, teniendo en cuenta la complementariedad necesaria de su mirada, de su particular *selección*, aceptar la parcialidad de la nuestra y la necesidad que tenemos del él, de su cultura. Será lo más cercano que podamos estar de esa inalcanzable “Verdad”.

### Las dimensiones de la realidad vivida, lo patente y lo latente

En esta rápida revisión de las teorías culturales de Ortega y su relación con la percepción, no hemos podido evitar destacar la importancia del concepto, del acervo conceptual que representa cada cultura, en la percepción de la realidad. Hemos visto cómo lo percibido, para serlo de un modo pleno, precisa del concepto —de alcanzar el sentido de las cosas— como elemento complementario a la impresión, siendo ambos dos dimensiones fundamentales de nuestra percepción de la realidad.

Sobre ello repara pronto Ortega, en 1914, en *Meditaciones del Quijote*, cuando aborda, con afán crítico, el mirar español —mediterráneo— y lo compara al modo de mirar germánico<sup>22</sup>. El madrileño define al pueblo mediterráneo por su mirar pasivo<sup>23</sup>, impresionista, pegado a lo sensible y

<sup>22</sup> Aunque es en las *Meditaciones* donde, filosóficamente, mejor se aborda el tema, el interés orteguiano por las distintas formas de mirar no se reduce ni comienza aquí. Hallamos ya antecedentes a la distinción entre mirar mediterráneo y germánico en “El ‘Pathos’ del sur” o “Arte de este mundo y del otro”, de 1911; también en 1915, en “Meditación de El Escorial” y en 1924 en: “Reflexiones de centenario”.

<sup>23</sup> Influenciado por la distinción wundtiana entre “apercepción activa” e intuición —pasiva—, (v.g. OC, II, 426; OC, V, 483) apela Ortega a la distinción entre un atender *pasivo*

que disfruta y se conforma con alcanzar lo superficial de las cosas, su *carne*, lo *patente*. Este mirar confronta radicalmente con el mirar germánico, mucho más activo y enfocado a la búsqueda constante de lo profundo, de lo conceptual de la cosa percibida. El espectador germánico, según Ortega, pretende el sentido de las cosas, la red de conexiones y límites que conecta cada cosa con el todo, que va “ligando [...] cosa a cosa y todo a nosotros en firme estructura esencial” (OC, I, 749). En otras palabras, lo que está más allá de lo patente, el bosque que se esconde tras los árboles, lo *latente*:

Hay, pues, toda una parte de realidad que se nos ofrece sin más esfuerzo que abrir los ojos y oídos —el mundo de las puras impresiones—. Bien le llamamos mundo patente. Pero hay un trasmundo constituido por estructuras de impresiones. [...] El mundo profundo es tan claro como el superficial, solo que exige más de nosotros (OC, I, 768).

Nos exige atender de un modo más activo a aquellos aspectos que se hallan más allá de lo patente, de lo superficial. Un acto que, si bien para el germánico resulta natural por su bagaje cultural, para el mediterráneo supone cierto esfuerzo, pues exige una muda de sensibilidad, un cambio de intereses al no serle preferente atenderlo<sup>24</sup>. Ahora bien, lejos de toda decantación por uno u otro modo de mirar, valoraciones a parte, no estima Ortega preferente un mirar frente al otro, sino que ambos ofrecen dimensiones necesarias e ineludibles para una óptima aprehensión de la realidad, y por la síntesis apuesta, pues “jamás nos dará el concepto lo que nos da la impresión, a saber: la carne de las cosas [...]. Jamás nos dará la impresión lo que nos da el concepto, a saber: la forma, el sentido físico y moral” (OC, I, 784). Solo así, pues, asumiendo ambas dimensiones, mediante la síntesis de ambos modos de mirar —superficial y profundo—, salvaremos la circunstancia en su máxima integridad, descubriendo en *escorzo*<sup>25</sup> la realidad en

---

(entendido como un mirar vago que alcanza a percibir lo superficial de las cosas) y una *atención activa* (un mirar interesado, que pretende una óptima toma de consciencia de lo mirado y busca su profundidad).

<sup>24</sup> Cabe decir que, pese al valor pedagógico de tal polarización, el interés/desinterés que se liga con un mirar activo/pasivo no actúa como un pulsador de todo o nada sino más bien como un gradiente de implicación sentimental del que, como apunta Ortega, su “contraposición radical es, como todo radicalismo, una utopía del espíritu geométrico” (OC, III, 895). Ni el puro mirar pasivo o contemplativo existe, pues nada veríamos, ni tampoco resultaría sostenible una pura activación constante en nuestro mirar. Entendamos, pues, ambos modos como extremos a los que el mirar mediterráneo y el mirar germánico tienden. Ni el mirar mediterráneo se define como un estricto mirar pasivo, ni el germánico de un modo extremadamente contrario.

<sup>25</sup> La idea de “escorzo” es una de las más importantes influencias que Ortega recibe de Husserl, quien la presenta formalmente en sus *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, FCE, UNAM, IIF, 2013.

torno, mediante la amalgama de ambas dimensiones, la latente y la patente. Como bien apunta San Martín, el nuestro “es un mundo real, efectivo, pero a la vez es un mundo vivido con sentido” (2012, p. 179), el uno sin el otro ofrece solo una sesgada y parcial visión de la realidad, una menguada porción de ella.

Así, en esta distinción entre el mirar mediterráneo frente al germánico, en esta hermenéutica o análisis interpretativo de los puntos de vista, consigue Ortega ofrecernos, en base a ello, una descripción sorprendentemente completa de las distintas capas o dimensiones que conforman la realidad en tanto realidad vivida, una descripción que San Martín (2012, p. 179) no duda en apostillar como la mayor aportación de Ortega a la fenomenología, pues avanza en años las críticas heideggerianas a Husserl sobre el “olvido” o desatención de los predicados culturales en su despliegue argumental sobre la percepción en *Ideas*<sup>26</sup>, cosa que Ortega asume, como hemos podido ver, de un modo natural al entender la realidad, en tanto percibida por nosotros, como conformada por esas dos dimensiones fundamentales que ofrecen, de un modo sintético, la integridad de la realidad percibida: la facción ejecutiva –patente– y la virtual –latente–; una realidad que se da vivida siempre en perspectiva, una perspectiva cultural que aún en su manifestación lo biológico del ser humano con lo biográfico, todo un proyecto de vida, lo que con Ortega definimos como “mi vida”.

Sin embargo, pese a los halagos vertidos a esta original y acertada aproximación perceptivo-cultural, hay un punto gris que no podemos evitar señalar y que, como bien indica San Martín (cfr. 2012, pp. 180-181), a pesar de la originalidad reconocida, demuestra cierta inconsistencia en su tratamiento. La debilidad, así la podemos llamar, se produce al no poseer Ortega, de buen comienzo, una teoría del cuerpo que acompañe a su aproximación perceptiva, una teoría que afirme al cuerpo como elemento responsable, fundamentalmente mediante el tacto, de posibilitar la ejecutividad en la percepción, pues toda percepción se ejecuta, siempre, desde y mediante nuestro cuerpo. El no tenerla, deja en el aire aspectos importantes de su descripción perceptiva como la justificación de la ejecutividad y su diferencia con lo virtual. Compartimos, pues, esta objeción, especialmente si tomamos en consideración las *Meditaciones* de un modo aislado —donde Ortega manifiesta por vez primera esta doble estructura—. Sin embargo, teniendo en cuenta las distintas evoluciones de su aproximación perceptiva analizadas en el presente artículo, parece que el mismo Ortega acaba

---

<sup>26</sup> Cfr. J. San Martín, “La percepción como interpretación”, *Investigaciones fenomenológicas*, 6, 2008, p. 13-32.



advirtiendo parte de su carencia y, en su empeño por desplegar su teoría, se ve comprometido a abordar cierto análisis corporal en los años venideros. El mismo año 1914, en “Ensayo de estética a manera de prólogo”, aborda el tema de la percepción del dolor donde se las ve, algo tangencial, con el cuerpo. Repite en 1920, en el citado “Biología y pedagogía”, donde Ortega apela a la importancia de la selección fisiológica que realizan los sentidos previo a la cultural que le sucede. El madrileño se ve forzado a justificar cómo el ser humano alcanza la realidad, y puesto que esta tiene una parte ejecutiva posibilitada por sus sentidos —frente a la conceptual que aporta la cultura—, el abordaje del cuerpo comienza a serle necesario, de ahí el pequeño avance. Habrá, no obstante, que esperar hasta 1924 y 1925 para, al fin, hallar al pensador madrileño abocado a tal labor. Citamos textos como “Percepción del Próximo”, “Vitalidad, alma, espíritu” y “Sobre la expresión, fenómeno cósmico”, donde el cuerpo, la carne, adquieren un protagonismo especial, aunque bien es cierto que, en ninguno de ellos, podemos hablar de un análisis suficiente del cuerpo quedando bastantes incógnitas abiertas<sup>27</sup>. Ahora bien, teniendo en cuenta, de un modo retrospectivo, estos textos de los años veinte a la hora de abordar textos previos a propósito de la percepción, como el caso de las *Meditaciones*, sí parece que se consigan cerrar algunos de los flecos que hasta entonces podían quedar irresueltos. Disipa, al menos, ciertas incógnitas sobre su noción del cuerpo y el papel que este mantiene en la percepción humana. Reconocemos, empero, que, pese a ello, seguimos echando de menos una aproximación más exhaustiva e, incluso, previa a tal efecto.

Todo ello, pese al punto de negatividad final, no debe empañar la originalidad del abordaje orteguiano, todo lo contrario, ello enfatiza más si cabe el mérito que venimos alabando de ser Ortega uno de los primeros autores, pionero seguro, en abordar la percepción humana desde un punto de vista necesariamente cultural, de ahí quizá también sus imperfecciones.

## En conclusión

El análisis de las teorías perceptivas orteguianas da mucho más de sí de lo que puede alcanzar un artículo como el presente, y sobre todo si en

---

<sup>27</sup> Sobre el lugar del “cuerpo” en el pensamiento Orteguiano y las ambigüedades que manifiesta resulta interesante leer: A. Serrano de Haro, “Apariciones y eclipses del cuerpo propio”, en J. Zamora Bonilla (Ed.). *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada, Ed. Comares, 2013, pp. 311-327.

ellas incluimos los análisis culturales a los que nos conduce, prácticamente nos llevaría a un estudio completo de la obra orteguiana, lo que no hace más que enfatizar, más si cabe, la anunciada importancia de la percepción dentro del despliegue de la doctrina raciovitalista así como del papel que la cultura ejerce en su impronta.

En el presente artículo solo pretendíamos mostrar cómo, Ortega, en su estudio de la percepción como modo fundamental de apertura cognoscitiva del sujeto a su circunstancia, cae en la cuenta de que esta, la percepción humana, es por necesidad una percepción culturalmente mediada donde la atención revestirá un papel cardinal, y lo hace por el natural gesto de pretender abordarla, descriptiva y concretamente, dentro del conjunto de la vida humana, no como algo abstracto o aislado, sino en el seno mismo del vivir humano, de esa realidad radical que es “mi vida”.

Evidentemente, este despliegue orteguiano no hubiese sido posible sin los trabajos previos de los fenomenólogos de Gotinga, quienes inspiraron a Ortega en su noción de atención y en su idea de perspectiva. Pero será él, el madrileño, quien, en síntesis, obtenga la suficiente lucidez para enunciar lo aquí defendido y que debería situar a Ortega entre uno de los más destacados pensadores dentro de los estudios fenomenológicos y de la percepción, a saber, que no podemos entender la percepción humana sin tener en cuenta la cultura, pues el hombre es un ser cultural por definición, vive dentro y a través de sus conceptos e impresiones, aquellos conforman su mundo de la vida, por lo que toda interacción con el entorno, con su circunstancia, con esa “otra mitad de mi persona”, será necesariamente mediado por la cultura.

## Bibliografía

- Cassirer, E. *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México, FCE, 2008.
- García Lara, J. E. *Ortega y Gasset y el psicoanálisis*, Universidad Complutense de Madrid, 2002. En línea: <http://eprints.ucm.es/4118/>
- Hofmann, H. “Untersuchungen über dem Empfindungsbegriff”. *Archiv für die gesamte Psychologie*, 26, 1913, pp. 1-136.
- Husserl, E. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, FCE, UNAM, IIF, 2013.
- Jaensch, A. “Über die Wahrnehmung des Raumes”, *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, 6, 1911, pp. 1-488.

- Lasaga, J. *Figuras de la vida buena. Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset*, Madrid, Enigma: Fundación José Ortega y Gasset, 2006.
- Morón Arroyo, C. *El sistema de Ortega y Gasset*, Madrid, Alcalá, 1968.
- Orringer, N. R. *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979.
- Ortega y Gasset, J. *Obras completas*. Madrid, Taurus: Fundación Ortega y Gasset, Centro de Estudios Orteguianos, 2004-2010.
- Pfänder, A. “Zur Phänomenologie der Gesinnungen”. *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, Hale, 1913.
- Rodríguez Huéscar, A. *Perspectiva y verdad*, Madrid, Alianza, 1985.
- San Martín, J. *Ensayos sobre Ortega*, Madrid, UNED, 1994.
- “Vocación y profesión: Bases orteguianas para una ética del futuro”, en P. Cerezo Galán (Ed.), *Ortega en perspectiva*, Madrid, Instituto de España, 2007, pp. 89-112.
- “La percepción como interpretación”, *Investigaciones fenomenológicas*, 6, 2008, pp. 13-32.
- *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva. 2012.
- Schapp, W. *Beiträge zur Phänomenologie der Wahrnehmung*, Göttinga, M. Niemeyer, Halle/S., 1910.
- Scheler, M. F. *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Leipzig, Der Neue Geist Verlag, 1926.
- *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid, Caparrós, 2001.
- *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, Madrid, Caparrós. 2000.
- *Ordo amoris*. Madrid, Caparrós, 2008.
- Serrano de Haro, A. “Apariciones y eclipses del cuerpo propio”, en J. Zamora Bonilla (Ed.). *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada, Ed. Comares, 2013, pp. 311-327.